

asuntos (o sujetos) mayúsculos e insistentes de nuestra historia intelectual. Cuando algo se dice, alguien lo dice y alguien lo escucha y alguien lo entiende o lo malinterpreta, etcétera. La historia humana es; de algún modo, un Etcétera.

Interpretar a Shakespeare, John Gielgud, traducción de Manu Berástegui, Alba, Barcelona, 2001, 292 pp.

Gielgud (1904-2000), con casi ochenta años de teatro, cine y televisión, algo podía contar de sus experiencias. Nieto de Ellen Terry, proviene de Irving y la tradición romántica inglesa, y llega hasta Peter Greenaway y su neoesteticismo posmoderno. Centrándose en Shakespeare, ha abordado tanto sus tragedias como sus comedias, con tiempo suficiente como para encarnar al adolescente Romeo, al joven Hamlet y a los viejos Lear y Próspero. Hacer la lista de sus colegas y los directores, escenógrafos, músicos y vestuaristas con los que actuó sería enciclopédico. Una de las utilidades de este libro es, precisamen-

te, el acarreo de hábil información, proporcionada tanto por el actor como por los artículos periodísticos añadidos en un largo apéndice, incluida la abundante iconografía.

En otros órdenes, sumados los juicios técnicos y estéticos del sabio comediante, puede llamar la atención la modestia del artista, inesperada en un hombre del espectáculo. Sir John es autocrítico hasta la crueldad, si menciona elogios los deja en boca de otros, y resulta enfáticamente generoso con sus colegas (desde luego, de talla elevada: Laurence Olivier, Ralph Richardson y suma y sigue). Lo es con personajes de fácil trato, de difícil convivencia y aun de extravagante genio, como Orson Welles.

El libro puede leerse, también, como parte de sus memorias, *Early Stages* (1976). No hay confidencias personales pero se advierte que Gielgud no sólo pasó gran parte de su larga vida en el teatro, sino que halló en las tablas el lugar de su felicidad, el refugio contra los reveses del mundo, y la sociedad con esa masa de desconocidos que parecen amar a sus actores tanto como éstos a aquéllos: a distancia, intensamente, anónimamente.

B. M.

El fondo de la maleta

Palabra sobre palabra

Dice Antonio Domínguez Rey en *El decir de lo dicho* (Heraclea, Madrid, 2000): «Al hombre le resulta imposible salir del lenguaje para estudiarlo. Está siempre inmerso en él. No consigue situarlo a distancia para, desde su vivencia, observarlo como ajeno. Hasta el silencio le pertenece». Son palabras sobre la palabra escritas por un estudioso de lo que se llamó, alguna vez, filosofía del lenguaje, un políglota y un poeta. Vaya dicho todo esto en la sucesión señalada.

Domínguez Rey no es, en cambio, un lingüista. Más aún: se plantea la paradoja de que la lingüística, ciencia de las lenguas, tampoco es capaz de plantear una radical relación de objetividad, una sólida autonomía epistemológica que la acredite como tal. La lingüística se ocupa de las lenguas como objetos y llega a descubrir algunas estructuras comunes a todas las lenguas babélicas conocidas. Pero al formular su discurso ha de valerse de unas palabras igualmente babélicas, es

decir que el sujeto de la ciencia lingüística se implica en el objeto que estudia. Para discurrir de unas palabras hay que emplear otras palabras que exigen, a su vez, ser discurridas por otras, etcétera. No hay Lengua de las lenguas ni metalenguaje en sentido estricto. Por otra parte, los lingüistas no pueden –ni deben– ocuparse del acto singular del habla de cada hablante, so peligro de perderse en la infinitud empírica de lo real. Y ya sabemos que no hay ciencia de lo real, sino de algunos objetos abstraídos de su magma, inaferrable y conjetural.

Domínguez Rey, poeta al fin, señala, justamente, a la poesía como el solo intento, utópico y fecundo, de salirse del lenguaje para, finalmente, encararse con él. La poesía es el más allá del lenguaje, no un más allá transcendente, no su otro mundo, ni sobrenatural ni milagroso. Es el más allá del deseo humano, que apunta hacia un espacio donde reina algo desconocido que alcanza a ser un llamado, una vocación.

Colaboradores

- ANA BASUALDO: Escritora argentina (Barcelona).
RAFAEL CASTILLO ZAPATA: Crítico literario venezolano (Caracas).
ANTONIO DOMÍNGUEZ LEIVA: Ensayista y crítico español (Madrid).
JAMES FERNÁNDEZ: Hispanista norteamericano (Nueva York).
RICARDO FERNÁNDEZ ROMERO: Crítico literario español (Barcelona).
ALBERTO GARCÍA FERRER: Crítico cinematográfico argentino (Madrid).
EDUARDO LAGO: Escritor español (Nueva York).
ANGEL G. LOUREIRO: Crítico literario español (Universidad de Massachusetts).
JOSÉ AGUSTÍN MAHIEU: Crítico cinematográfico argentino (Madrid).
SHIRLEY MANGINI: Hispanista norteamericana (Universidad de California, Long Beach).
ÍTALO MANZI: Crítico cinematográfico argentino (París).
MARCOS MAUREL: Crítico literario español (Barcelona).
MARIANELA NAVARRO SANTOS: Crítica literaria española (Tenerife).
JULIO ORTEGA: Escritor peruano (Universidad de Brown).
ADOLFO SOTELO VÁZQUEZ: Crítico y ensayista español (Universidad de Barcelona).
GUZMÁN URRERO PEÑA: Crítico y periodista español (Madrid).

